

¿Hay un "yo" en la esposa?

Mantenerse fiel a su identidad una vez que estás casado es más difícil de lo que parece.

Ashley Grace Emmert

Mi esposo, Kevin, es un verdadero caballero sureño. Lleva corbatines y abre puertas. Es consistentemente sincero. Es un oyente increíble. Él está enfocado. Él cocina. Se plancha la camisa todas las mañanas. Es por eso que se inventó la palabra foodie. Y es el hombre más disciplinado que he conocido en toda mi vida.

Yo, por otro lado, soy una chica irlandesa nacida en Chicago. Me criaron para reír a carcajadas. El sarcasmo es mi lenguaje de amor. Yo procrastino. Odio cocinar. Soy artística. Me desconecto en momentos inapropiados. No tengo disciplina a menos que sea algo que realmente quiera hacer.

Kevin está concentrado; Soy un caso espacial. Él entiende su fe predominantemente a través de la lectura y el aprendizaje, mientras que yo entiendo la mía predominantemente a través de la experiencia y la oración. Pasó todo su tiempo en la universidad estudiando teólogos muertos en la biblioteca, y yo pasé todo mi tiempo socializando en la cafetería del campus. Creo que si hubiéramos ido a la misma universidad, habría sido su peor pesadilla.

La tentación de fundirnos en un ser uniformado que siempre está ahí.

Llegas a donde voy con esto, ¿verdad? Mi esposo, mi nuevo esposo de solo cuatro meses de matrimonio, y yo somos muy, muy diferentes. Y aunque hay cosas que definitivamente podemos aprender unos de otros, creo que hasta ahora, al menos, también somos más complementarios cuando aceptamos la enorme pila de diferencias que nos hacen quienes somos. Después de todo, es lo que nos atrajo el uno al otro en primer lugar.

Aun así, la tentación de fundirnos en un ser uniformado que siempre está ahí. Simplemente se siente más seguro. Es muy fácil comprar ropa donde Kevin compra, o tratar de que le guste la comida que le gusta, porque de alguna manera, espero que esto lo complazca. Nunca renunciaré a tratar de poner a Kevin en mi querido carro de Civil Wars a pesar de que desprecia la música sin batería (esto todavía me deja sin aliento) porque quiero que ame lo que yo amo. La tensión entre amar nuestras diferencias y querer aplastarlas sigue siendo algo en lo que trabajamos. Supongo que es algo en lo que siempre trabajaremos.

Ser como yo

Una vez, cuando Kevin y yo todavía estábamos comprometidos, lloré en el auto durante dos horas, tratando de explicarle a mi prometido confundido que cuando me dijo que "no estaba de humor para un helado, pero él me acompañó". Se tradujo en mi mente a: "Soy más disciplinado que tú, y acabamos de comer, y no necesitas helado, pero si quieres comer todas esas calorías innecesarias, iré contigo." Lo que comenzó como una simple conversación sobre qué hacer esa tarde se intensificó hasta que confesé mis preocupaciones de que mi futuro esposo esperaba que me pareciera más a él y mi temor de que de alguna manera, de una manera muy tranquila, llamara Yo no era lo suficientemente bueno. Resulta que en realidad no tenía hambre.

Me llevó tiempo entender de dónde venían mis preocupaciones, pero lo que (a regañadientes) tuve que admitir es esto: soy el que teme no ser lo suficientemente bueno. Pensé que para hacer feliz a mi prometido, necesitaba ser más como él. Me presioné para complacer y apaciguar asegurándome de que nuestras opciones estuvieran alineadas hasta que un día no pudiera soportarlo más. Resulta que eso no era lo que Kevin quería de todos modos. Se sintió atraído por mi personalidad de carácter fuerte cuando salíamos, así que ¿por qué de repente sentí la necesidad de cambiarme para ser más como él?

En Cristo, separados y juntos

En los momentos en que me siento más tentado a volver a ocultar mi identidad en Kevin, recuerdo nuestro asesoramiento prematrimonial. Jim y Margaret, nuestros consejeros, han estado casados por más de 30 años. Son piadosos, son sabios, pero lo mejor de ellos es esto: no podrían ser más diferentes.

Pensé que para hacer feliz a mi prometido, necesitaba ser más como él.

De hecho, Jim y Margaret reflejan muchas de las diferencias que Kevin y yo habíamos estado preocupados anteriormente en nuestra propia relación. No ven el matrimonio como una renuncia a sus propias identidades o sus propias ideas. Lo ven como una asociación. Y nos dijeron que lo mejor que podíamos hacer con respecto a nuestras diferencias era aceptarlas, verlas como un regalo. Este consejo me ha obligado, por naturaleza, a complacer a las personas, a hacer todo lo posible para darme cuenta y expresar mis propias necesidades y deseos y valorarlos por lo que son: los míos.

Esto también me ha obligado a darme cuenta de que no puedo elegir las partes de mi esposo que voy a amar y apoyar. Tengo que amarlo todo, incluso las partes que aún me son extrañas. Tengo que escucharlo hablar sobre John Calvin porque su amor por la teología histórica lo convierte en quien es. Del mismo modo, cuando me tomo 45 minutos para explicar tres episodios, escena por escena, de *Gilmore Girls*, Kevin tiene que escuchar. Él es un santo, ese.

Un domingo por la tarde con muffins de chocolate y San Pellegrino (son comedores elegantes), Jim y Margaret nos dijeron que casi todos los días de su matrimonio, han reservado tiempo para separarse unos de otros y tener tiempo con Dios, y luego se han reunido para orar y hablar sobre lo que Dios les está enseñando individualmente. Ese tiempo individual moldeó su matrimonio y los acercó más. Su lealtad era a un Dios que siempre nos está formando para ser más como él, y en esa formación, los estaba acercando el uno al otro.

Lo que estoy aprendiendo acerca de todo este asunto del matrimonio y la identidad es que cuanto más amas a alguien, más cómodo te sentirías con ser tu ser más verdadero y más extraño.

A pesar de lo poco suena que pueda parecer, no creo haber conocido a una pareja más profundamente enraizada en el amor que Jim y Margaret. Margaret me ha dicho una y otra vez que cree que su esposo es el hombre más guapo que haya conocido, y Jim es un hombre que está muy enamorado de su esposa. Es adorable. Esta pareja es querida para mí, no porque sean perfectos, sino porque han permitido que Dios continúe formándolos como individuos y como una pareja casada. Tengo mucho que aprender de ellos, como el hecho de que no puedo contar las devociones matutinas de Kevin como mías. Todavía soy responsable de mí misma, y todavía tengo que responder por mí mismo. Últimamente hemos hablado sobre el deseo de imitar las disciplinas espirituales de Jim y Margaret, reconociendo incluso en estos primeros días de matrimonio que vamos a necesitar siempre apoyarnos más en Cristo que los demás.

¿Dos se vuelven uno. . .?

Lo que estoy aprendiendo acerca de todo este asunto del matrimonio y la identidad es que cuanto más amas a alguien, más cómodo te sentirías con ser tu ser más verdadero y más extraño. Nota: he albergado un deseo secreto de ser una estrella de la música country desde que era un niño. Así que la semana pasada, mientras conducía de regreso de Minnesota, le pregunté a Kevin si le importaría si cantaba el "Star-Spangled Banner" en mi mejor voz al estilo de Carrie Underwood, tan fuerte como pude, a cappella, en el auto. Me dijo que fuera a por ello.

No era bueno. Canté el himno nacional, los movimientos dramáticos de la mano de la diva y todo, con una voz quebrada y sin entrenamiento. Al principio me sentí estúpida, pero luego dejé de preocuparme. La identidad está tan profundamente vinculada a sentirse lo suficientemente segura como para ser uno mismo, y en este momento, estaba compartiendo una experiencia con mi esposo que nunca antes había compartido con nadie. Fue una elección para Kevin ver las partes de mí que me hacen cuando nadie más está mirando. Ondeé mi bandera anormal con orgullo. Luego intenté hacerle cantar el himno nacional, pero él se negó. Claramente tuvimos diferentes sueños extraños de la infancia. Pero pasamos el resto del viaje riéndonos el uno al otro.

La Biblia dice mucho sobre el matrimonio. Les dice a los hombres que dejen a sus familias y separen a sus esposas. En Marcos, Jesús les dice a los fariseos que en el matrimonio, dos se convierten en una sola carne. Él compara el divorcio con destrozarse un cuerpo. Pero eso no significa que tengamos que ser la misma persona.

El consejero cristiano de Seattle Benjamin Deu escribe:

Lo más sorprendente que he experimentado sobre el matrimonio hasta ahora es que me ha dado una idea mucho más clara de quién soy.

Tal vez la instrucción de Pablo a los corintios de "vivir como un solo cuerpo" puede ayudarnos a aclarar lo que Jesús quiso decir cuando dijo "dos se vuelven uno" en el matrimonio. Te sugeriría que Dios quiere que seamos más verdaderamente nosotros mismos mientras cultivamos la intimidad con nuestro cónyuge en el matrimonio cristiano. Los matrimonios más bellos y fructíferos son aquellos en los que ambos cónyuges se comprometen a desarrollarse como individuos mientras crecen en una relación mutua.

Lo más sorprendente que he experimentado sobre el matrimonio hasta ahora es que me ha dado una idea mucho más clara de quién soy. Dicen que el matrimonio es como un espejo que ofrece una visión de todas sus fealdades y problemas, y estoy totalmente de acuerdo. Pero ese espejo también me ha dado una imagen más clara de mí misma, y me ha dado la confianza para no rehuirlo. Kevin y yo podemos quedarnos mientras crecemos juntos. Es bonito. Dios hizo el matrimonio y nos hizo participar en él. Y en su plan perfecto, nos permite seguir siendo dos personas separadas, en un solo cuerpo. A cada uno de nosotros nos llevará toda una vida aprender a hacerlo bien, pero en este punto, estoy agradecido de no tener que empezar a planchar mis camisas todas las mañanas.

Traducido por: Yadira Morales